



RACIMO
DE
OBRAS



Selección de Relatos y Poemas
Escritos por:
Miguel Ángel de la Cruz

Autor & diseño de cubierta: Miguel Ángel de la Cruz Gómez.
© Miguel A. de la Cruz Gómez. Derechos Reservados.

(Queda prohibida la reproducción total o parcial
de esta obra, sin el expreso deseo de su autor).

ÍNDICE I

El afamado café Drouant de París.....pág.	1
Dulces sueños bajo la luna.....	12
El desangelado hombre que nada poseía.....	13
El menguar de una vida.....	22
La joven que quería ser guardia civil.....	23
Objetivo: rescatar Virgen de las Rocas.....	26
Un abuelo de casi seiscientos años.....	35
Un sueño cubista.....	39
Un libro con miedo a morir.....	40
Una oportunidad en la vida.....	46
Villaencinar del arzobispo.....	67
Tardes de Mus.....	83
N.I.R.H. 200452000.....	87
Las mujeres del cementerio.....	91
El peculiar obsequio de Carlos III.....	93
Una soledad rural.....	105
El dulce espectro del silencio.....	106

ÍNDICE II

Maletas colmadas de tiempo.....	132
Los rojizos anhelos de la agorafobia.....	133
El Dios de entre los renglones.....	138
Las hijas.....	139
La batalla a lo oscuro.....	143
El calor de un hogar.....	145
El otoño de la vida.....	149
Un fantasma sin memoria.....	162
Las mañanas.....	153
El viaje de Blas.....	154
Carta de un soldado enamorado.....	158
Carta de amor sin destino.....	162
El ind. e inc. color esperanza.....	164
El viaje inspirado de Dioniso.....	170
Recuerdos desde la distancia.....	175
Trigales verdes.....	184
La muchacha de la leña.....	185

ÍNDICE III
Algunos poemas...

El intacto abandono.....	189
La bendita muerte.....	190
El rincón de los encuentros.....	191
Poema de la gitanilla.....	192
Solo soy tú juguete.....	193
Poema a la Gioconda.....	194
Poema a Federico García Lorca.....	195
El arte se ha dejado seducir.....	196
Badajoz la sultana.....	197
El viento y la mar.....	198
Poema de un solitario.....	199
Poema de la garza enamorada.....	200
Poema de amor.....	201
Poema al naranjo.....	202
Poema a un pobre loco.....	203
Poema a los niños.....	204
Poema a la muerte.....	205

—EL AFAMADO CAFÉ DROUANT DE PARÍS—

Un comerciante alsaciano, inauguró este local en mil ochocientos ochenta en el barrio de la Ópera. Tenía como clientes habituales a dos célebres *Auguste*, el pintor *Renoir* y el escultor *Rodin*. En mil novecientos tres, en él se reunía con regularidad un prestigioso comité de lectura que se convirtió más tarde en el jurado del certamen *Goncourt* por el nombre de sus impulsores, dos hermanos miembros de la intelectualidad parisina. El lugar de reunión sigue siendo el mismo desde entonces; y el premio se decide en noviembre tras un largo debate y una buena comida.

“Cielo gris parisino amenazante a agua de lluvia en las vidrieras...; calidez de ambiente tertuliano y campanilleo de cucharillas que se mezclan con olores a té y limón de los literatos que confluyen en sus versos. Un vuelo al imaginativo mundo del café Drouant”.

En una de las más populosas calles de París, en el prestigioso barrio de la Ópera, se encuentra haciendo esquina al edificio, el legendario *Café Drouant*, un emblemático lugar para las letras, en el corazón central de Francia. Por sus mesas y sillas de forja, cada tarde emergen grandes personalidades de la cultura, entre pintores, poetas, dramaturgos; y posiciones sociales bien distinguidas como aristócratas, políticos, y famosos de la época. Si vas a tomar un café o té procura que tú agenda te avise con antelación, pues

es casi imposible acudir a él sin previa reserva debido a lo reconocido del lugar.

En las terrazas y bajo los toldos, puede verse las más variopintas paletas de colores de la moda parisina. Las señoras visten toda clase de texturas y estampados propios de mil ochocientos, con amplios ropajes acabados en bordados, pasamanería o volantes cerrados en un asfixiante corsé que las estiliza como a cisnes sobre sus cabezas; con peinados recogidos y muy elaborados, llevan pequeños sombreros que pierden protagonismo ante las espigadas plumas de aves que sobresalen.

Por entre las mesas atendiendo a la gente sentada en las terrazas, están los camareros debidamente ataviados con delantal largo blanco en contraste con su esmoquin negro, dando un aspecto distinguido al local con sus luengos bigotes. Muchos, para tomar nota a los clientes, tienen que levantar un poco la voz ante el bullicio de personas que transitan por estas avenidas tan céntricas. En el interior del café, hay representados en sus paredes algunos bocetos enmarcados de los artistas más significativos de la pintura de este siglo: *Renoir, Manet, Cézanne, Van Gogh...*, y otros tantos que en momentos concretos y debido a las excentricidades del artista, intercambiaron alguna improvisada obra suya con *Dominique* el encargado, por saborear una buena comida.

Cierto día en que un grupo de jóvenes, un tanto revolucionarios comenzaron a concentrarse en torno a la *Rue de la Michodiére*, empezaron a proferir gritos contra la patria y a favor de la libertad y la república. Los jóvenes estaban muy excitados en aquella

improvisada concentración que había agitado un tal *Jean-François Barraud* un joven anarquista natural de Burdeos que vino a París obligado por su familia a estudiar medicina y que acabó siendo un bohemio buscavidas.

Ante los silbatos de gendarmes que venían cerrándoles el paso a ambos lados de la calle, provocaron en la concentración una inesperada estampida hacia la *Rue Gaillon*, destrozando todo a su paso e impidiendo el paso de carruajes por la avenida. La gente que estaba tomando café en la terraza del *Drouant*, que era en su mayoría gente acomodada y de élites selectas de Francia, tuvieron que ser atendidas por médicos, pues la multitud había pasado literalmente por encima de ellos, tirándolos al suelo y desplazando mesas y sillas por doquier.

A pesar de algún incidente ocasional, durante ese periodo en París, no hubo grandes disturbios que enrarecieran el ambiente de calma cotidiana que se respiraba en esta gran urbe.

Recuerdo un torrencial veintidós de febrero en que llovía con mucha insistencia sobre el cielo de París y que el aguacero se mantuvo prácticamente durante todo el día. Esa tarde se reunía como de costumbre el círculo de literatos en el salón del café para la lectura de algunas poesías de un nuevo miembro gallego afincado temporalmente en la ciudad, y que había solicitado previamente a los miembros de la directiva del club, poder disponer de una breve exposición a modo de recital poético para darse a conocer a la sociedad literaria francesa.

Con tan sólo catorce años de edad, era ya un sobrio aficionado a la poesía. Recuerdo esa instantánea tan inusual, en medio del salón del café, rodeado de la *creme* de grandes personalidades de la cultura y sociedad; un selecto grupo de señores solemnemente vestidos, conforme a la época, con elegantes y sofisticados trajes de chaqué oscuros y pañoletas y pajaritas abrochando sus blancas camisas. Proliferaba entre los congregados invitados, barbas debidamente cuidadas y bigotes endebles y alargados con monóculos y gafas redondas con la que repasaban de soslayo sus libros y la atenta mirada a su copa de licor.

Estaba prevista la llegada del Sr. *D. Ramón María del Valle Inclán* a las cuatro de la tarde, para aprovechar al máximo la luz de la jornada, aunque aquél nefasto día, el sol era el gran ausente, dejando todo el protagonismo a un escenario de nubes ennegrecidas. Ante la demora de su llegada, y dejando impaciente al círculo de intelectuales, se improvisaron las lecturas de un poemario llamado: *Modes de Silence* sugerido por el Sr. *Gauthier Bonnaire*, un afamado poeta de la campiña francesa y que supo labrarse un nombre y una gran reputación en toda Francia por unas publicaciones que la editorial *Le Phare Des Lettres* le había publicado, encumbrándolo a las más altas posiciones de la literatura poética de este siglo.

Mientras el Sr. *Gauthier* recitaba con cierto tono elevado de figurante en su corral de comedias, el grupo de caballeros de su alrededor escuchaban atentos y aprobando con el balanceo de su cabeza la delicadeza de tales versos. El Sr. *Gauthier* era un hombre un tanto rechoncho y ceñido de un traje de

porte aristócrata, al que le apretaba el chaleco del traje de tal manera, que no se sabía si el sonrojado de su cara era debido al rubor escénico o más bien el haberse embutido en esos ropajes de tallas inferiores casi con calzador; el pobre hombre no se libraría aun así de las críticas del grupo de señores allí congregados —que no sólo juzgarían su estilo poético—, sino que además, considerarían bochornoso que un caballero de la alta sociedad Francesa, no dispusiera de un particular sastre que le confeccionara a medida su armario.

Cuando le quedaba por entonar el último de sus versos, y los cafés ya pedían ser repuestos, aparece por en medio de los caballeros un niño de catorce años empapado por la lluvia; uno de los camareros, percatado de la intromisión del crío, alerta con un gesto de cabeza al encargado del *Café Drouant* —el *Sr. Dominique*—, quién con recurrente disimulo, paso por entre las mesas e invitó gentilmente al polizón de su sala a que saliese de inmediato, colocándole la mano sobre su hombro y llamándole a la entrada del local.

El joven —que creyó ser reconocido—, expresó sus disculpas antes de la reprimenda del encargado, diciendo:

—*Le pido disculpas si he manchado el suelo del café de agua, pero tengo el hostel justo a dos manzanas de aquí y se me olvidó haber traído un paraguas.*
—Dijo el chico con aire compungido.

El encargado del café, pacientemente a la espera de las explicaciones del joven y con el ceño fruncido, le

dice a continuación, para enmendar lo ocurrido y que no volviese a entrar en la sala a pedir dinero:

—*Anda..., pasa a la cocina con la Sra. Annabelle y le dices que te prepare un chocolate calentito.., ah, dile que vas de parte del Sr. Dominique; es que es un poco cascarrabias.* —Dijo al chico con tono bromista para congraciarse con el desdichado huérfano.

Al poco de acabar su recital el *Sr. Gauthier*, se levanta el presidente honorario de escritores, el *Sr. Claude* muy enojado por la tardanza del Señor *Valle Inclán* y le susurra al encargado del café:

—Pero bueno..., esto es indecoroso e impropio de un futuro miembro de este prestigioso círculo. —A lo que el *Sr. Dominique* afirmaba cabizbajo con cierta sumisión a tan insigne letrado.

Y dice de nuevo el cabreado *Sr. Claude*:

—*¿Acaso no tiene usted su tarjeta para llamar al hotel donde se hospeda el chico?*

Le responde confuso el *Sr. Dominique*, que ahora no entendía nada:

—*¿Chico Sr. Claude? ¿De qué chico habla?*

—*¿Quién va a ser?; Mon Dieu.., ¿Avezvous perdu votre esprit?*

(*por Dios.., ¿Ha perdido usted el juicio?*)

Dijo el *Sr. Claude* con tono ofuscado:

De quién voy a hablar si no es del joven Valle Inclán.
—Al oír la palabra “joven”, se le mudó el gesto al encargado del café—, pues ha reconocido el error de confundir al poeta con un pobrecillo indigente..., y al punto reacciona diciendo:
—*Déjelo en mis manos Sr. Claude, trataré de resolverlo inmediatamente.*

Y corriendo hacia la cocina, con la esperanza de que el joven no se hubiera marchado tras ingerir el calentito chocolate, o tal vez la impaciente Sra. *Annabelle* no lo hubiera puesto ya de patitas en la calle para que no invadieran su espacio (ya que la cocina no era muy grande y las proporciones de la Sra. *Annabelle* sí lo eran). Pero gracias a Dios no; ahí seguía sentado a la mesa de la cocina, ensayando sus escritos con la cocinera que —con los brazos cruzados—, sonreía graciosamente sin dar crédito de como unos versos tan prodigiosos y bien trazados, pudieran salir de la cabecita de un joven de tan corta edad.

El recital de *Ramón*, quedó interrumpido por la intromisión del *Sr. Dominique*, quién abordó al chico para presentarle abochornado sus excusas ante la atenta mirada de enfado de la cocinera, que tomaba nota de aquella torpeza para recriminarle en futuras cruzadas.

El joven *Ramón* —aceptadas las disculpas—, le dice entre risas al *Sr. Dominique*:

No se preocupe...; usted ha salvado mi reputación de una buena mojada como la que traía de la calle y ha permitido que junto a estos fogones, pudiera secar-

me y poder estar decentemente como el acto requiere; además, he podido ensayar con esta gentil señora que ha prestado sus oídos a estos renglones trazados casi a la ligera.

Aquella tarde, en la que el agua no se mostraba compasiva, el círculo de literatos de París pudo degustar de la boca del mismo autor *Valle Inclán*, una serie de versos *improvisados* —así fueron titulados—, que el propio *Ramón* había escrito en el transcurso del viaje desde *Santiago de Compostela* hasta la capital francesa y que habían pasado a ser parte del legado más primigenio del artista.

Además de alguien de la talla de *Ramón María del Valle Inclán*, que alcanzaría su máxima expresión artística en el proceso de su madurez, por el prestigioso *Drouant* pasaron muchas otras personalidades de diversa índole y corrientes artísticas.

Otra singularidad, que dotó al *Drouant* de gran interés social, además del que ya le aportaban las tertulias literarias, sería la presencia cada vez mayor de clientes famosos del espectáculo, teatral y posteriormente a partir de mil novecientos, el cine mudo. Cada vez más en continuo auge desde su implantación por los ya conocidos entonces hermanos *Lumière*.

Recordemos que nos encontramos en una de las *Rue del barrio de la Ópera*, zona estratégica y centro neurálgico donde se dan cita toda clase de espectáculos parisinos y siendo referente para un público incluso extranjero.

En muchas ocasiones, las actrices de moda de la é-

poca alcanzaban a través de los limitados medios locales por entonces como la prensa, radio y la cartelera tal repercusión mediática, que tenían que ser auxiliadas por los camareros del café, ante el acoso al que se veían sometidas por la masa de admiradores que solicitaban un autógrafo; tal era el caso de la Señorita *Marie Studholme*, una cantante de comedia musical nacida en Inglaterra y que residía por etapas en París por motivos laborales. Cuentan los cronistas que la afamada muchacha era muy buena cliente del *Drouant* y que solía pasar sus ratos de ocio de los entreactos del espectáculo, para desestresarse tal vez de la copiosa mirada de miles de personas. Había días en que tenían que escoltarla los funcionarios del teatro o su propio representante artístico, ante los caballeros que deseaban pretenderla enviándole flores, Bombones e incluso tarjetas personales que algún botones de hotel, les hacía llegar. Hay constancia de que cierto aristócrata, perdió completamente la cabeza, desterrando a su propia esposa, confinándola a algunos de sus castillos en el extranjero para estar *más libres* en su esperanzado cortejo.

En otra ocasión, se citaron el célebre *Aureliano Pertile*; uno de los mejores tenores del siglo XX que se encontraba de gira por Europa estrenando la Obra *Nerón* de *Boito*. Esa semana debutaba en el *Teatro del Châtelet* con la Soprano lírica que compartía función, la Señorita *Elisabeth Grümmer*, una hermosa mujer de origen alemán que residía —debido a su carrera de canto—, en Francia desde hacía años.

Durante un tiempo, se especuló con el romance que ambos mantenían en secreto, como bien lo reflejaba la prensa, donde se les vio de forma un tanto cariño-

sa en el interior del café cogidos de la mano discretamente, ante la escucha de un recital poético.

Otro episodio que quiso empañar la reputación de este magnánimo *Palacio del Café*, sería el que protagonizó un empresario del sur de Francia un tanto de vida desordenada, aunque le disculpaba la ingente fortuna que había conseguido en apuestas de caballos, casinos y otros afanes.

El Sr. *Cédric* —así se llamaba—, se había interesado por un local anexo al café en el que estaba dispuesto a invertir en la reforma del mismo para convertirlo en un Cabaré de señoritas, a lo que enterado de la noticia el Sr. Dominique, lo puso en conocimiento del gerente, su jefe, para que tratase de impedirlo. Este, una vez informado de lo que tramaba el Sr. *Cédric*, fue una mañana a primera hora al despacho del Señor alcalde de la ciudad, (precisamente amigo y buen cliente del Drouant), el cual, no tuvo que dar muchos detalles de la queja, pues de inmediato, el Sr. alcalde, ordenó a sus empleados que tramitasen la negativa de licencias para tal uso en aquel lugar.

París fue cambiando en el trascurso sucesivo de la historia. Lo que quedó perdurable en el tiempo cual una impronta inamovible, sería el legendario *Café Drouant*, que siguió congregando como una madre-musa *Minerva* de las artes a las siguientes generaciones de literatos, vanguardistas e intelectuales escritores.

Hubo un considerable y honorífico político que llegó a ser gobernador de la de París, el Sr. *Antoine Lasserre*, quién promulgó una serie de decretos en

la salvaguarda del patrimonio artístico y arquitectónico de la ciudad y en contra de la normativa establecida de reestructuración y planeamiento urbanístico. Tales acciones fueron diseñadas tiempo atrás en que la ciudad de París, tras la desolación de edificios medio derruidos que quedaron en la prolongada batalla de *Leipzig*, cuando el *Zar Alejandro I de Rusia*, aprovechando la ausencia de las tropas *Napoleónicas* que se hallaban en Moscú, desoló la capital francesa durante cuatrocientos años.

Gracias a la gallardía de este insigne gobernador, el edificio donde se albergaba el *Café Drouant*, se libró de un inminente derribo, pues los pisos de arriba del inmueble conservaban tan solo la gruesa fachada de sillares, estando algunos suelos y tejados de las viviendas dinamitados por los cañones de una contienda bélica sin precedentes en la historia de Francia.

Por cierto y por justicia he de decir, transportando al lector por el irreal viaje desde *Napoleón* hasta las tertulias del mil novecientos y aterrizando en nuestros días, que se sigue conservando en su café como antaño, el torrefacto sabor cremoso que ha sido transmitido en su mejor legado a los actuales propietarios; y es que..., qué buen amigo de un libro aporta la compañía de una buena taza de café, o viceversa.

Si algún día deciden perderse por las insondables calles de París, quizás puedan hacer una paradita en el *Drouant*, que quién sabe, entre sorbos del mejor café, tal vez tienen la suerte de asistir a una de las veteranas tertulias de la literatura francesa.

—DULCES SUEÑOS BAJO LA LUNA—

Desde que enviudó, mi madre decidió traerla a casa. En el fondo su hija sabía mejor que nadie que aquella escuálida anciana tan afectiva, no sabría desenvolverse sola. Me complacía verla en silencio contemplativo junto a la ventana bañarse de sol, sentada en su preciado sillón de enea, que tantas veces mi mamá entre contiendas, le quería tirar a la basura por disonar con todo el mobiliario de la casa.

Mi viejita adorable había pasado mucho en la vida; conoció las hambrunas de una guerra y hasta el dolor por la pérdida de dos de sus hijos.

Solía acostarse la última, a pesar de estar rendida, se cercioraba bien de que sus nietos estuviéramos debidamente arropados.

La recuerdo andar torpemente en la oscuridad y corriendo las cortinas para iluminar la estancia con la luz de la luna.

Todavía en mi madurez, la sigo presenciando entrar para cubrir mis brazos del frío y su beso de buenas noches.

—EL DESANGELADO HOMBRE
QUE NADA POSEÍA—

Cada mañana, se le veía sentado sobre una manta vieja en la puerta de la iglesia de *La Asunción*. Su rostro triste y descuidado implora una moneda a todo feligrés que entra y sale del templo.

Solo disponía de aseo personal los miércoles en el comedor de las *Clarisas*. Por las noches, intentaba dormir en un kiosco de prensa abandonado en una de las calles limítrofes de la ciudad. Tenía sus manos temblorosas por el desgaste de una amistad injusta con el alcohol; a pesar de todo, era su mejor compañero de noches de frío. Sobrevivía en una gran ciudad como buenamente podía, siendo un leproso de este siglo para mucha gente con la que se cruzaba por las avenidas y que debido a su aspecto desaliñado, muchos esquivaban el paso junto a él. Su apariencia escondía un ser bondadoso y pacífico bajo la aterradora cáscara que todos veían.

Bebía en soledad y quedaba triste en algún hall de entidad bancaria con sus incomprendidas penas sin intención de molestar a nadie.

Su nombre es *Onofre* y lleva un pasado bajo alfombras muy distinto al que la vida le deparó. Es natural de *Rivadavia* un encantador municipio perteneciente